

con acento

Los nuevos mártires

P. de P.

El 16 de marzo reciente, moría acribillado a balazos el arzobispo de Cali (Colombia), a la salida de una iglesia donde había presidido un acto litúrgico. Tenía 63 años, era simpático, invitaba a la resistencia contra el narcotráfico, denunciaba las connivencias del mismo con todo tipo de fuerzas políticas y militares colombianas, pero además había pronunciado una frase peligrosísima en labios de una autoridad eclesial: «*nuestra actitud no puede ser la de arrodillarnos*», refiriéndose tanto a su propia actitud como a la de los católicos colombianos en general. Desconozco si el arzobispo en cuestión era aficionado a la teología de la liberación, pero está claro que estaba decidido a luchar por la liberación de sus feligreses y del pueblo en general. No en vano, le mataron sin la menor piedad y con el mayor descaro. Así, el mensaje estaba perfectamente claro y diáfano.

Isaías Duarte es el tercer obispo situado en tierras centro y sudamericanas, que muere por llevar a cabo con realismo y compromiso evangelizador su tarea episcopal, junto a Mons. Romero, salvadoreño y Mons. Girardi, de

Guatemala. Y a los tres ha sucedido exactamente igual: primero se defienden los derechos humanos de los pobres, después se insta a que se les respete como hijos de Dios, más tarde se acusa a los poderosos asesinos para que modifiquen su andadura, cualquier día suenan oscuras amenazas, y en un momento dado, caen fulminados por haberse comportado como lo que eran, obispos de la Iglesia católica y, sobre todo, hombres de Dios entre los hombres, sus hermanos. Las cosas, insistimos en el detalle, han sucedido exactamente igual en los tres casos, lo que está indicando que los pobres son peligroso material económico, político y religioso, llegada la hora de posicionarse frente a ellos y su mísera situación. A los pobres se les mata. Pero también se mata al que los defiende, porque entonces se pone en tela de juicio la inmoralidad de una estructura secular. Las cosas son así.

Y uno se pregunta ante una realidad tan sencilla como ésta, de sabor absolutamente evangélico: en tiempos de tanta beatificación y canonización, ¿no sería congruente tomar las medidas oportunas con estos

tres obispos mártires, para convertirlos oficiales de la Santa Iglesia católica, en modelos de santidad, siguiendo la línea, por ejemplo, de tantos mártires de nuestra guerra incivil? Fundamento para tomar esa medida lo hay hasta niveles ultrasuficientes. Incluso hay mucho más fundamento que en otros casos en los que la intencionalidad testimonial quedaba un tanto en el trasfondo y solamente se trataba de una presencia coyuntural en un momento determinado. Aquí no. Aquí se trata de tres personas concretísimas, con un desarrollo existencial paradigmático, insistentes en su actitud como pastores de creyentes en Jesucristo, defensores explícitos de la huella divina en cada ser humano cual son los derechos fundamentales de la persona, conscientes de la posibilidad de morir por su forma de ser y de actuar, y que sin embargo, optan en conciencia episcopal por mantenerse en el frente de la evangelización más pura y dura. Por todo esto, mueren.

¿Qué más se necesita, como en la primitiva Iglesia y hasta en la actual, como ya hemos indicado con el ejemplo oportuno, para declarar mártires a estas tres personas concretas y significativas de una forma de ejercer el episcopado en situaciones límite de nuestro mundo globalizado contra los pobres? Suponemos que no se tratará de comenzar una profusa y difusa investigación de sus vidas privadas, teológicas y hasta políticas, porque en tal caso nos fallaría el presupuesto de anteriores

martirologios tan conocidos. Al mismo tiempo, es de esperar que, en las altas instancias vaticanas y previamente diocesanas, no se tenga miedo a las posibles repercusiones de una declaración de santidad martirial. En una palabra, que se hace muy difícil comprender qué razones puedan aportarse para volver la cabeza ante estos nuevos mártires que honran tanto a la Iglesia Católica como a la humanidad.

¿No pueden moverse las tres causas en común, desde un punto de vista geográfico e histórico? ¿Es imposible plantear las cosas como si de un signo de los tiempos se tratara, en consonancia con la doctrina del Vaticano II? Los santos de hoy necesitan decirle algo al hombre y a la mujer de ese mismo hoy. No pueden resultar tan distantes que permanezcan silenciosos en su misterio cristiano. Pues ahí tenemos tres, a todas luces ejemplares, absolutamente comprensibles por creyentes y hasta por no creyentes, testigos eminentes de un Dios que sigue salvando y liberando a la gente por medio de sus ministros. Es una historia de gran calado. Pero sobre todo, es una historia de hondísima belleza espiritual, sabiendo que el espíritu es la máxima eminencia de la persona corporalizada. Uno, por supuesto, ya se dirige a los tres como lo que son... ■